



# El espíritu del tiempo **Martí** **Domínguez**



**DESTINO**

# El espíritu del tiempo

Martí  
Domínguez

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1492

© Martí Domínguez Romero, 2020

© Editorial Planeta, S. A. (2020)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Raval Edicions, S. L. U. (2019)

Título original en catalán: *L'esperit del temps*

Versión al castellano del autor

Primera edición: febrero de 2020

ISBN: 978-84-233-5694-2  
Depósito legal: B. 1.256-2020  
Impreso por Limpergraf  
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# I

## Los rusos

El sargento se aproximó al prisionero y le pegó un tiro. El comandante del campo de concentración le lanzó una mala mirada, pero solo sirvió para encender aún más los ánimos del *starshiná*, que acto seguido escupió sobre el muerto. Los prisioneros nos pusimos en seguida a escribir, mientras un par de soldados rusos se llevaban el cadáver, arrastrándolo por los pies y dejando tras él un rastro de sangre brillante, más negra que roja. Habíamos recibido la orden de explicar nuestra vida, reflexionando sobre nuestros actos fascistas y nuestra necesaria conversión a la doctrina bolchevique. Los que nos hallábamos en aquella sala del campo de concentración de Kirov habíamos reconocido en la ficha personal que pertenecíamos al NSDAP, es decir, al Partido Nacional-socialista de los Trabajadores. La mayor parte eran oficiales y suboficiales, soldados de la Wermarcht, pero en realidad había de todo.

El comandante, que era originario del sur de Ucrania, aulló, en un perfecto alemán:

—¿Algún imbécil más se niega a escribir y prefiere que el *starshiná* le reviente su estúpida cabeza?

El comandante separó las sílabas de las palabras «imbécil» y «estúpida», de una manera que con el tiempo entendería que le era muy peculiar. Caminó unos cuantos pasos por la sala y añadió, con una mirada retadora, alzando aún más el tono de voz:

—¿O que la teniente Kamensky lo utilice como diana para sus pruebas de tiro?

Kamensky era una reputada francotiradora y su misión allí era precisamente aquella, darnos caza si intentábamos escapar. Desde el fondo de la sala nos miraba impertérrita, luciendo en el pecho dos rutilantes medallas de la orden de la Gloria, que recompensaban sus importantes servicios, entre ellos haber eliminado a más de una docena de famosos francotiradores alemanes. Se rumoreaba que odiaba de manera especial a los miembros de los *Einsatzkommandos*, porque al inicio de la guerra habían ahorcado a su hermano, y que por ese motivo se había enrolado en la Academia Central de Mujeres Francotiradoras.

Los allí presentes habíamos reconocido nuestra pertenencia al partido nazi porque no hacerlo también tenía sus graves consecuencias. Lo habíamos comprobado con ejecuciones sumarísimas: delaciones acompañadas por penas de muerte inmediatas, sin juicio alguno ni posibilidad de defensa. También habíamos visto cómo ejecutaban sistemáticamente a todos los miembros de las *Waffen-SS*; a estos no les valían atenuantes de ningún tipo, y ser un «calavera» era una condena segura de muerte, que los soldados rusos practicaban con júbilo. Muchos soldados alemanes habían buscado con desesperación rendirse a los ingleses o a los norteamericanos; los que allí

nos encontrábamos no habíamos tenido ninguna opción y habíamos caído para nuestra desgracia en manos soviéticas. Los rojos eran lo peor y más temible que nos podía ocurrir, la pesadilla más escalofriante. Nuestra vida pendía de un hilo y no valía nada. «Si no has matado a un alemán la jornada está perdida», escribía el bolchevique Ilya Ehrenburg. Si no has matado a un alemán la jornada está perdida, parece que repetían todos ellos, buscando la víctima del día entre nosotros. Nadie estaba fuera de peligro y nuestra vida dependía de imponderables infinitos.

Además, en aquel campo de Kirov, a unos cien kilómetros de Moscú, vivíamos amontonados, en unas condiciones infrahumanas; yo llevaba semanas alimentándome de insectos y arañas, y no se trata de ninguna exageración novelesca. Comía gusanos, larvas de escarabajos, saltamontes, grillos, todo lo que cayera en mis manos y tuviera la certeza de que no era venenoso. Y, en muy poco tiempo, había adelgazado mucho, se me habían chupado las mejillas, tenía una cara demacrada, con los ojos saltones y los incisivos protuberantes, lo que se conocía como *cara de liebre*. Un rostro de lepórido, con las orejas que sobresalían del cráneo rapado. Los rusos a duras penas tenían alimentos para ellos: ¿cómo iban a preocuparse de nosotros? La guerra seguía, al galope, y nosotros la estábamos perdiendo, a la desesperada. Por tanto, cualquier excusa era buena para pegarte un tiro y lanzarte al bosquecillo de abedules, a una fosa abierta donde los lobos y las alimañas te comerían por la noche. No había que irritar a los guardias: «Si no has matado a un alemán la jornada está

perdida», y aquella vida sin valor bien podía ser la tuya.

Miré el reguero de sangre que había dejado el teniente, a quien había conocido y tratado como médico. Vino a verme por una fuerte lumbalgia durante la gran ofensiva rusa, en el frente de Vitebsk, en el país de Bielorrusia. Hice tanto cuanto pude: llevaba días sin dormir, teníamos a los rusos en los talones, durante varias jornadas había participado en operaciones quirúrgicas, largas y agotadoras, a vida o muerte, y mis conocimientos como fisioterapeuta eran escasos, por no decir que nulos. No sé si lo alivié o, en cambio, empeoré su estado. Después nos habíamos reencontrado en aquel campo de mala muerte de Kirov. Cuando nos reconocimos, compartimos un par de cigarrillos de un sucedáneo de tabaco, llamado *machorka*: le pregunté de dónde era y me contestó que de Wetzlar, en la región de Hessen. Yo moví la cabeza afirmativamente: a pesar de ser originario de Viena conocía muy bien el paradero de aquel pueblecito famoso.

—Allí se inspiró Goethe para su novela de Werther —le dije con emoción contenida—. Allí se enamoró de Charlotte Buff.

Insistí porque el simple hecho de recordar aquellas reminiscencias de cultura, en medio de aquel escenario devastador, era para mí como un bálsamo inesperado y esperanzador. El recuerdo de los libros, y en especial los versos de Goethe, era de gran consuelo durante aquellos días, una especie de cobijo espiritual donde refugiarme, y encontrar alivio y esperanza. El oficial asintió con la cabeza, y los ojos se

le iluminaron, me confesó que vivía a dos pasos de aquella casa de Charlotte Buff, en una vieja construcción que, si había visitado el pueblo, en seguida recordaría, porque era muy singular (me la describió con todo lujo de detalles) y allí estaba su familia, y su hijo de año y medio. Yo le correspondí con las confidencias, y le dije que tenía dos hijos, ya crecidos, y una hijita de unos pocos años, y todo aquello hizo que se emocionase. Y yo también con él, porque las lágrimas llaman a las lágrimas. Entonces me dijo:

—No sé si podré mirar de nuevo a los ojos a mi familia, *Herr doktor*. He hecho cosas terribles en esta maldita guerra.

Pegué una calada intensa e intenté tranquilizarlo, con un argumento, lo reconozco, muy trillado:

—La guerra saca al animal que todos llevamos dentro. No somos responsables: luchamos para sobrevivir. Los culpables son los que nos metieron en la boca del lobo.

Pero aquello no lo convenció.

—Si le soy franco, no estoy muy seguro de eso. Creo que todos somos un poco culpables. Nos podríamos haber negado a aceptar algunas órdenes... ¡Haber hecho alguna cosa! ¿No lo cree así?

Lo vi dudar y fumar compulsivamente. Intenté calmarlo, poniéndole mi mano sobre su hombro, e insistiendo que todos, absolutamente todos, habíamos hecho cosas de las que nos arrepentiríamos toda la vida. Que quizá sí, que a lo mejor todos podríamos haber hecho algo más, pero que el nazismo nos arrasó como un tablón de madera en una tempestad. Entonces se sinceró, los ojos extrañamente abiertos.



—Los últimos meses me pusieron a cargo de unos camiones Saurer, camuflados como ambulancias. Iban equipados con un sistema para que funcionaran como una cámara de gas... Era una orden secreta, que llevé a término con algunos hombres de confianza.

Le pregunté si era para *tratar* a los prisioneros rusos.

—No, doctor, para nuestros heridos... Aquellos que estaban sentenciados.

Recordé cómo se habían llevado con aquellas ambulancias a los heridos más graves de nuestro hospital de campaña, y que yo imaginaba, muy aliviado, que habían llegado a su destino en la retaguardia. De hecho, a menudo pensaba que eran unos malparidos con mucha suerte.

—No disponían de camas para tantos heridos, ni tampoco tanta capacidad de traslado. Ni hombres, ni ambulancias, ni gasolina, ni medicamentos, ni médicos, ni... ¡No había nada! ¡Lo más sencillo era aniquilarlos en la retaguardia y volver cuanto antes a por más enfermos! Por eso me luxé la espalda: a fuerza de sacar muertos del camión. ¡Los asesinábamos y los lanzábamos al río!

Moví la cabeza con incredulidad. Aquello, aquel trabajo sucio, era más propio de las SS, pero es posible que precisamente por ese motivo escogiesen a un oficial de la Wehrmacht, para no despertar sospechas entre el personal médico.

—Muchos chillaban, rogaban que abriésemos la puerta, nos insultaban tan pronto como entendían qué estaba sucediendo... Algunos tenían heridas le-

ves y chillaban espantados, con toda la fuerza de sus pulmones. Yo había hecho todo lo posible para que no subieran: siempre decía que aquellos que estaban muy malheridos tenían preferencia, pero a veces se nos colaban algunos espabilados. Habían subido al camión felices, contando chistes a los camaradas, pensando que en pocos días estarían en casa y de pronto se encontraban con aquello, con aquella puta traición. ¡Los gaseábamos como ratas! ¡Como habíamos hecho años antes con los judíos! Mis hombres y yo lo intentábamos superar a fuerza de *Schnapps*. Pero todo aquello alcanzaba el límite de lo soportable.

Le pregunté si lo había practicado con heridos de la división 206, de la As de Picas. Se quedó mirándome, una mirada turbia y trastornada. Lo vi dudar, para finalmente decirme que no y proseguir de una manera dramática.

—¡De ninguna manera los heridos podían caer en manos rusas! ¿Lo entiende, doctor? Aquello habría desmoralizado a la tropa: saber que si caes herido no hay salvación, no hay retaguardia. El soldado tiene que luchar convencido de que nos ocuparemos de él si cae en el frente de batalla. Que todos somos uno y todos cuidaremos de todos. Hicimos un simulacro de evacuación, con el fin de mantener vivas las esperanzas de los soldados y la moral alta. ¡Con qué alegría subían algunos a la ambulancia! Y aquello contagiaba al resto, que seguía luchando a la desesperada, cumpliendo con su deber, con las órdenes, con su país. Los traicionamos de la peor manera. Por lo que sé aquello ya lo habían practicado antes en Rusia, durante la retirada. ¡Una auténtica canallada!

Aquel soldado nunca más volvería a ver a su familia. Por haberse negado a recordar, por no haber querido someterse al peso de aquellos recuerdos que le corroían el alma. Estaba convencido de que entre las víctimas de aquellas falsas ambulancias también había enfermos míos, pero en ningún momento lo hice responsable de lo sucedido. Sencillamente, *Befehl ist Befehl!* Una orden es una orden. Pero ¿se podría haber negado? Eso era lo que atormentaba al oficial. Y lo que, en el fondo, nos atormentaba desde hacía tiempo a todos nosotros. ¿Hasta qué punto éramos culpables? A veces, no resultaba fácil esclarecer qué era resultado de las órdenes recibidas y qué de nuestro compromiso y voluntad. Aquello entraba dentro de lo que se conocía como el *Führerprinzip*: intentar hacer siempre más de lo exigido para de este modo mostrar nuestro firme e indoblegable compromiso con la doctrina nazi y con nuestra patria. Y muchos habíamos llevado aquel principio hasta sus últimas consecuencias, yendo mucho más lejos de lo pedido, y ahora nos arrepentíamos.

El comandante del campo pasó por mi lado y vio el título que había puesto a mis recuerdos, tal y como él había indicado. Lo había escrito con mayúsculas: «El hombre que hablaba con los animales». Leyó mi nombre (mi nombre en ruso) y me dijo, gritando:

—¡Qué título de mierda es ese, Adolfovich! Espero que no vaya con segundas intenciones...

Palidecí.

—No, comandante, soy naturalista... ¡Un estudio del comportamiento animal!

El comandante empezó a reír, como si yo estuvie-

se bromeando, y aquello fuera realmente gracioso, porque significaba mi inmediata ejecución por el sargento mayor.

—¡Ya lo veremos, Adolfovich! Espero que sea eso, porque de lo contrario acabará como el desgraciado de su compañero.

Y después añadió en voz alta, dirigiéndose a toda la sala:

—Cada día escribirán durante una hora sus recuerdos y me los entregarán. Recuerden que de lo que se trata es de valorar sus acciones y de decidir por qué motivo las realizaron, si por disciplina militar o por convencimiento propio. Y de si ahora, a la luz de la nueva doctrina marxista-leninista, las volverían a repetir. Sean del todo francos y sinceros, y expliquen sus actos, todos sus actos de guerra, sin ningún temor. Si así lo hacen, no habrá ninguna represalia, y conseguirán la salvación. En cambio, quien no lo haga, si descubrimos que alguien nos ha ocultado su pasado, o que nos ha querido dar gato por liebre, será muy severamente castigado. El objetivo final es su total y completa desnazificación para poder reincorporarse a la sociedad y recuperar la libertad. ¡Se tienen que redimir, y la única forma posible es reconociendo y confesando sus crímenes!

Y de este modo, en aquel barracón del campo de concentración de Kirov, bajo la severa mirada del *starshiná*, comenzaron estas notas sobre mi vida, escritas un poco a vuela pluma, con un arma apuntándose a la cabeza. Estábamos a inicios del mes de agosto de 1944 y me jugaba la vida.